
Les Cressons
Bleus



**Panorama histórico de la
poesía húngara**

ISTVÁN TURCZI

Una voz destacada de la
lírica húngara contemporánea

Introducción, selección y versión poética de
Justo Jorge Padrón



Budapest

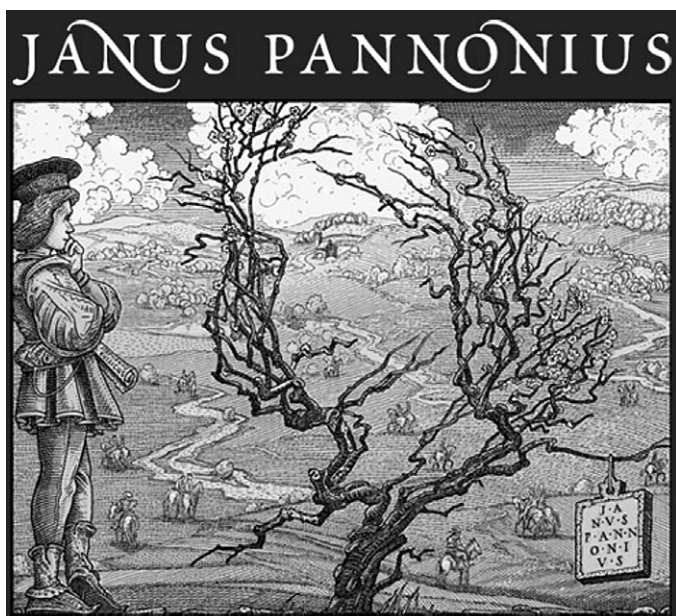
**L
a
v
a
r
q
u
e
l
a**

SUPLEMENTO DE CUADERNOS DEL MATEMÁTICO Nº 53

ISSN - 1132 - 2403



Hungria



Janus Pannonius

Janus Pannonius (1434 - 1472) humanista, poeta, diplomático y sacerdote, considerado como el más significativo poeta del Renacimiento húngaro (y uno de los pocos de los que quedó registro tras las invasiones turcas). Es una de las principales figuras de la poesía renacentista europea.

Una mirada sobre la historia de la poesía húngara

Posiblemente el modesto valor de este trabajo divulgativo sea el de ofrecer noticias escasamente conocidas por gran parte de los lectores de lengua española sobre la misteriosa y atractiva poesía húngara y delinear su evolución histórica. Me ha servido de gran ayuda un libro esclarecedor, la *Antología de la Poesía Húngara* de la excelente poeta, traductora y ensayista, Éva Tóth y de algunas enciclopedias y manuales raros que han completado la visión de mi tarea. El lector español siempre ha tenido dificultad para acceder al conocimiento de esta literatura. Más que por la relativa distancia geográfica, ha sido debido a la complejidad de sus fundamentos lingüísticos, lo que ha impedido la fluidez del trasvase entre ambas idiomas. Aunque hay rasgos comunes en la entonación, el entorno histórico-social y una simultaneidad paralela entre los diversos movimientos literarios y el natural interés por parte de sus escritores sobre las obras más sugestivas, no ha bastado para un conocimiento generalizado y pleno de las generaciones respectivas de los últimos siglos. No es porque el húngaro sea la expresión de un país no muy grande de cerca de quince millones de habitantes, sino porque no procede del tronco común de la mayor parte de las lenguas de origen indoeuropeo y al no pertenecer a la familia de las lenguas neolatinas, eslavas o germánicas, se ha visto excluido de su trato frecuente. El húngaro es un idioma fino-ugrio de linaje uralo-altaico, que posee un parentesco con el finlandés, el estoniano y con una serie de lenguajes y dialectos hablados por pequeños grupos étnicos que viven en el antiguo territorio que perteneció a la ex Unión Soviética.

El territorio originario y común de los pueblos fino-ugrios fue la región situada al oeste de los Urales, entre los ríos Volga, Kama, Viatka y Bielaia. De allí partieron hace cuatro mil años los antecesores de los húngaros en busca de nuevas tierras de caza y pesca. No es, pues, extraño que estas lenguas, desgajadas del tronco original hace miles de años y desarrolladas independientemente, sean hoy tan diferentes entre sí. Durante su emigración hacia el sudoeste, los magiares entraron en contacto con diversos pueblos pastores —búlgaros, turcos y eslavos— de cuya desarrollada sociedad tomaron gran cantidad de vocablos. Al territorio actual de Hungría, más exactamente a la cuenca del Danubio, llegaron los magiares en el siglo IX. La ocupación del solar patrio finalizó en el año 896 bajo la dirección del príncipe Árpád, de quien descende la primera casa real de Hungría. La conversión al cristianismo tuvo lugar durante el reinado de

San Esteban I (1000-1031). Hasta entonces el pueblo húngaro, pagano y nómada, comenzaría una vida sedentaria y empezaría a organizarse bajo un sistema social parecido al de sus vecinos occidentales.

El idioma fue evolucionando y se fueron incorporando palabras latinas relativas a la iglesia y a las diversas instituciones junto a las nociones que deparaban las ciencias, también se incorporaron palabras turcas, incluso otras de procedencia, alemana, francesa, italiana y también algunas del español y el árabe.

No hay que olvidar que el húngaro es un idioma sintético y aglutinante, lo que significa que no construye el sintagma a partir de elementos separados. El orden es inverso al español y va de lo abstracto a lo concreto. Esta facultad condensadora es la que lo hace difícilmente traducible.. Dijo Lászlo Németh que entre las lenguas neolatinas el español es el más idóneo para la interpretación de la poesía húngara. Los dialectos húngaros, de características muy homogéneas, se suelen dividir en ocho grupos lingüísticos. La lengua húngara tiene materiales documentados desde el año 1000, pero los más antiguos textos conservados son un sermón del siglo XIII *Oración fúnebre* (1195) y el primer poema que se conserva en húngaro es *Lamentación de María*, es la versión libre de un himno medieval en latín de alrededor de 1300 y hallado en 1922 en un códice latino de la biblioteca de Lovaina. Su métrica libre y con aliteraciones, muestra una síntesis del “mester de juglaría” y del “mester de clerecía” húngaros. El húngaro consta de un rico sistema fonético (14 vocales) y posee una declinación con 17 casos, pero existen otros casos (siete) que, unidos a ciertas categorías semánticas, sólo tienen capacidad operativa. Presenta la curiosa particularidad de poseer conjugación subjetiva y objetiva. El húngaro se escribe con caracteres latinos.

“De la literatura húngara –escribe el gran filósofo György Lukács—se puede afirmar que, a diferencia de otras literaturas, es la lírica la que desempeña el papel dirigente... Es en la lírica donde la verdad y la realidad se abren camino con poderosa fuerza, con todo el ímpetu y todos los anhelos y exigencias de un pueblo que aspira a la liberación”. En su amplia historia documentada, este pueblo originariamente bárbaro, que desciende de los Urales en su primerísima etapa, complejo por naturaleza, logró superar distintas dominaciones y convertirse en la nación que impulsó la caída del Muro de Berlín a fines de 1980. Asimismo se repuso de la invasión de los tártaros en 1241, de la ocupación de los turcos entre 1526 y 1700, de la supremacía de los austriacos entre 1711 y 1918, de la invasión alemana entre 1944 y 1945 y del sometimiento de la poderosa URSS. Ha sido esa saga de “derrotas y supervivencias” –para citar a Vizinczey—la “especie de religión” por la cual los húngaros siempre recuerdan la mortalidad de los imperios, y viven y escriben, sin que las calamidades consigan destruirlos.

El cristianismo le sirvió a Hungría para ganar la simpatía de los grandes poderes europeos e igualmente para crear una nueva capa social que durante los próximos siglos será el responsable de fomentar la cultura y la educación. “El nacimiento de la cultura húngara coincide con la

conversión del cristianismo” dice Antal Szerb. San Esteban fue el primer rey y fundador del estado húngaro a principios del siglo X. En los siglos XIII y XIV ya encontramos varios códices escritos en húngaro que contienen fragmentos de traducción de la Biblia, himnos, leyendas, ejemplos, reglas monacales, pero el verdadero esplendor aparece en la segunda mitad del siglo XV. El espíritu renacentista conquista a Hungría durante el reinado de Matías. El monarca, hijo de János Hunyadi, (famoso caballero y jefe militar de la lucha contra los turcos cuya fama llegó hasta Joanot Martorell y que pudo haber influido en la creación de su personaje, Tirant lo Blanc), se casa con la hija del rey de Nápoles, Beatriz de Aragón, y puebla su corte con humanistas italianos. Antonio Bonfini, estimulado por el rey, escribe la historia de los húngaros. Los humanistas son atraídos no sólo por la generosidad del soberano y la suntuosidad de su corte de Buda y Visegrád, sino por la Biblioteca Corviniana en la que el rey conservaba unos 500 fastuosos códices. Para la ampliación de la biblioteca el rey Matías había fundado en Buda un taller de miniaturas y disponía de copistas que trabajaban por su encargo en Florencia. No es raro que Lorenzo de Médicis y Federico Montefeltre le consideraran un rival en la bibliofilia.

Hubo también humanistas húngaros que jugaron un papel importante: el obispo János Vitéz, consejero de János Hunyadi, quien durante el reinado de Matías auspició los estudios en el extranjero de muchos jóvenes húngaros y aprovechó el favor real para fundar en Pozsony la Academia Istropolitana, tercera universidad del país. Es en este tiempo emocionante donde se ponen las bases del conocimiento profundo y en su expresión artística surge la sed de una poesía que justifique la esencia de la vida y el misterio del ser del hombre en el mundo. Por eso traigo aquí unas hermosas palabras que escribió recientemente el destacado poeta y prosista húngaro Géza Szöcs: “La poesía es el género literario más ancestral y es el vector más arcaico de la visión cósmica del alma humana, la búsqueda de su lugar providencial en el universo. La poesía es la primera tentativa de escoger, elaborar y expresar los sentimientos para confrontarlos y volver transmisibles los conocimientos adquiridos de la realidad interior y externa.”

En el segundo tercio del siglo XV surge la figura más importante del humanismo húngaro y el más destacado magiar de su generación en Europa, Janus Pannonius. Estudia en Italia, en Ferrara, en la famosa escuela humanista de Guarino. Es allí donde empieza a usar el nombre de Janus Pannonius y su obra empieza a ser conocida en el continente. Escribe en latín y compone agudos epigramas de espíritu libre y es el primero en describir el paisaje y las ciudades de Hungría. Portador de la conciencia de la modernidad, Pannonius representa su destino individual hecho de grandeza poética y se convierte por su estilo elegante, su amplia cultura renacentista y su brillante inteligencia y talento, en el creador más destacado de la poesía húngara de su tiempo. A su retorno a Hungría y con sólo 25 años es designado obispo de Pécs y luego entra a trabajar en la cancillería del rey Matías. En un principio estuvo influido por el materialismo epicúreo y más tarde por el neoplatonismo. Cayó en desgracia al formar parte de una conspiración contra el rey Matías por desaprobado las guerras del rey en Occidente y por su negativa a luchar

contra los turcos. La muerte sorprende a Pannonius durante su fuga en Medvevár, Croacia. En uno de sus poemas más conocidos da una clara metáfora de su destino: habla sobre un almendro que florece en el Transdanubio en pleno invierno, demasiado pronto para que las condiciones le permitan vivir o ser contemplado con admiración. Sus obras se publican principalmente en el extranjero a partir del siglo XV. La Biblioteca Capitular Colombina de Sevilla conserva un códice comprado en 1531 para el fundador Don Fernando Colón, hijo natural del descubridor, que contiene algunas obras desconocidas hasta ahora del poeta húngaro. En su libro *El oro de los tigres*, Jorge Luis Borges le dedicó a Pannonius un inolvidable poema titulado “Al primer poeta de Hungría”, en el que se solidariza con él diciendo: “nos une indesciframente / el misterioso amor de las palabras/ este hábito de sonos y de símbolos.” Su recuerdo sigue vigente en la actualidad y desde hace tres años se le homenajea en Hungría con un gran premio internacional de poesía que lleva su nombre, celebrándose en Pécs, su ciudad natal.

A la literatura medieval, de inspiración predominante religiosa y escrita en latín, sigue la literatura del renacimiento, de tema profano pero escrita también en latín, y luego la literatura de la Reforma, que ya empieza a escribirse en lengua vernácula. *La Biblia* es traducida un siglo antes de la Reforma por dos sacerdotes husitas húngaros Tomás y Valentín. En 1472 el rey Matías establece en Buda la primera imprenta húngara. János Sylvester, representante de la Reforma en Hungría, conoce en Cracovia las ideas de Erasmo e inicia la traducción del Nuevo Testamento. La versión de Sylvester, publicada en 1541, no parte de la *Vulgata* sino del original griego. Se dio cuenta de que también en lengua húngara se podían escribir versos en antiguas formas prosódicas y que como en el caso del latín, griego y hebreo podían ordenarse en un sistema. Su *Gramática Húngara-latina*, primera sistematización de la lengua húngara, se edita en 1539, no mucho después que la gramática española de Antonio Nebrija. También escribió un diccionario latino-húngaro y descubrió que el húngaro es perfectamente apto para la métrica clásica (métrica basada en la combinación de unidades tónicas formadas por un determinado número de sílabas). Más tarde se descubre que los dos sistemas métricos pueden funcionar al mismo tiempo, lo que es una peculiaridad de la poesía en húngaro que en ciertas épocas se consideran como reto especial.

En aquella época el género más utilizado era el salmo, la paráfrasis de salmos bíblicos destinada al canto común y ligada a la melodía, pero persiste todavía el cantar de gesta o crónica rimada, difundidos por los juglares en la corte y en los castillos de los nobles.

Un siglo después de que Janus Pannonius escribiera en latín surge un gran poeta que es el primero que escribe en lengua húngara, Bálint Balassi, poeta docto, que además de escribir en latín e italiano, utiliza la versificación de las canciones populares turcas, alemanas, polacas, croatas y rumanas. Su poesía amorosa muestra el influjo de Petrarca, pero con un estilo propio que les insufla vida. La colección de sus poemas amorosos es conocida como el *Cancionero húngaro*. También cultiva con acierto la poesía religiosa especialmente los salmos en donde establece una

conversación íntima con Dios. En sus poemas de temática soldadesca da una imagen viva y heroica sobre la vida de los soldados que luchan contra el enemigo.

Tanto la Reforma en el siglo XVI como la contrarreforma en el siglo siguiente tienen un carácter peculiar en Hungría en el sentido de que los reformados utilizaban los hechos históricos en su argumentación teológica de manera que afirmaron que las derrotas sufridas, la invasión turca y la pérdida de la independencia, son consecuencia de haber abandonado la verdadera fe.

La vida espiritual del país, desangrado por la dominación turca durante siglo y medio de duración y por la frustrada lucha de independencia contra los Habsburgos, cobra nuevos impulsos hacia finales del siglo XVIII. Besseney escribe varios dramas siguiendo el ejemplo de Voltaire e inspirándose en temas de la historia húngara. Sus composiciones poéticas, que describen los paisajes de la Gran Llanura, le convierten en el precursor de la poesía paisajista de Petöfi. “Toda nación –dice Besseney—se hizo culta en su propio idioma, jamás en uno ajeno”.

La ilustración llega a Hungría en 1772, fecha de la publicación de la obra titulada *La tragedia de Agis* de György Besseney que trata del tema entre los poderosos y los súbditos. El autor pertenece al grupo de aquellos jóvenes que prestaban servicio en la guardia de corps de la corte vienesa de la reina María Teresa que fueron los primeros que conocieron las ideas de la ilustración francesa y alemana que organizaron la primera asociación literaria. Incluso en la métrica utilizó muchas veces la combinación de la métrica clásica y la tradicional húngara (métrica simultánea). El objetivo sigue siendo crear las condiciones para que pueda existir una literatura tanto científica como de ficción en lengua vernácula. Por un lado siguen e imitan las tendencias occidentales como el rococó, el clasicismo o el sentimentalismo, y por otra parte pretenden mantener y respetar las tradiciones húngaras. Las dos grandes figuras de la literatura de la época son: Mihály Csokonai y Daniel Berzsenyi.

El poeta más destacado de la época de la Ilustración es Mihály Csokonai Vitéz. Su lírica no tiene parangón por su gracia rococó, por su populismo plebeyo, por su melodiosidad mozartiana y por su despliegue de erudición que va desde la botánica hasta la filosofía de Confucio. Sintetizó elementos del rococó, del clasicismo y del sentimentalismo y al mismo tiempo todo lo convirtió en algo sumamente húngaro. Sus temas van desde el amor y el deseo desesperado, desde los anacreónticos como el vino o la felicidad efímera hasta temas filosóficos y sociales como la injusticia o los conflictos permanentes de la sociedad. Sólo algunas de sus obras vieron la luz en la vida del poeta. Su reconocimiento y la victoria de sus ideas serán cosa del siglo XX.

Daniel Berzsenyi es conocido como “el Horacio húngaro”, él es el representante de la nobleza húngara, es un clasicista ejemplar, escribe sus poemas en estrofas clásicas y sus temas son filosóficos y universales. Las odas de Berzsenyi, tensas ya por las emociones volcánicas del romanticismo, significan la cumbre de la versificación prosódica en húngaro. Sus elegías son

de un alto vuelo poético propenso a la melancolía y recogen la crisis de un destino individual.

Después de tantos nombres, para nosotros apenas conocidos, llegamos al poeta Sándor Petöfi, cuyo nombre ha trascendido las fronteras de Hungría, ha ganado la universalidad y es incluso conocido por quienes no han leído su obra. Petöfi es la encarnación de la literatura húngara, el símbolo de lo húngaro, como Dante, Shakespeare, Cervantes, Goethe y Pushkin lo son en sus respectivos países. Las producciones más geniales y sorprendentes pueden interpretarse sólo dentro de la evolución orgánica de la literatura ya que hasta los innovadores más osados se basan, aunque sea oponiéndose a ella, en la tradición. Ha dicho acertadamente Tibor Klaniczay, que el lirismo y el carácter político se convierten durante el renacimiento en los rasgos más importantes de la literatura húngara.” Estos dos caracteres típicos de las letras húngaras aparecen nuevamente en Petöfi pero indisolublemente hermanados. Vive en sólo veintiséis años la plenitud de la vida humana y goza del reconocimiento de su grandeza poética. Luchando por su país, muere en el campo de batalla. Su obra, fruto tan sólo de diez años de intensa actividad creativa es, sin embargo, suficientemente vasta. Es un poeta realista cuyos versos plasman sus vivencias íntimas y su propia trayectoria vital y, al mismo tiempo, describen los paisajes típicos, los tipos humanos y dan forma a las aspiraciones de la Hungría de la época. Petöfi es la juventud espontánea que habla con la naturalidad de la lengua viva en sus versos, que convierte su vida en hechos y pone su vida al servicio de un ideal.

János Arany junto a Petöfi “crean una épica popular totalmente propia y sin analogía en la literatura mundial” como dijera György Lukács. Arany es el padre de la escuela popular-nacional, del clasicismo nacional y el primer poeta de la vida moderna urbana.

Hacia finales del siglo XIX, las tradiciones de la escuela popular-nacional bajan en manos de los epígonos a un nivel provinciano, pero los representantes de la literatura urbana, pretendidamente “cosmopolita”, son todavía poetas menores e incluso meros artesanos. Este vacío es llenado por el poeta Endre Ady y por la generación que se agrupa en torno a la revista “Nyugat” (Occidente), forjadora de la nueva literatura húngara. La poesía de Ady, como la música de Bartók, tanto diacrónica como sincrónicamente es la mayor síntesis realizada hasta ahora en la cultura húngara. Así la gama de la poesía de Ady va desde las ancestrales formas poéticas húngaras basadas en el acento, pasando por las formas llegadas de Europa Occidental, asimiladas a través de los salmos calvinistas, hasta el verso libre. Se inspira en la clandestina poesía kuruk en los comienzos de la lucha de la independencia. Su rítmica varía entre las formaciones pulidas con la ligereza de la “chanson” de fin de siglo y la síncopa robusta y arcaica y las arritmias individuales. Se considera a sí mismo un continuador de la corriente plebeya de la historia húngara.

Uno de los poetas más destacados de la generación de la primera década del siglo XX y posiblemente el más significativo de los creadores aglutinados en la revista Nyugat es Mihály Babits, de la que llegó a ser su director entre 1929 hasta su muerte en 1941. Su poesía, que evoluciona desde el culto modernista a la belleza hasta una dicción sin adornos, guarda cierta semejanza

con la evolución y con la obra de Antonio Machado, a quien no conocía. Gran traductor de Shakespeare y de Baudelaire, su último poemario, *El libro de Jonás*, escrito bajo la amenaza del fascismo y cuando el poeta está aquejado de un cáncer de garganta, es el autorretrato irónico de quien intenta en vano huir de convertirse en profeta.

Pocos literatos húngaros podrían dudar del aserto de que Attila József ha sido uno de los más grandes poetas húngaros de la primera mitad del siglo XX, con auténtica trascendencia universal. Nació en un modesto suburbio de Budapest. Su padre medio rumano medio “székely”, emigró a causa del desempleo a Rumanía y no a América como creía la familia. Su madre de extracción campesina, trabajó como lavandera en casas particulares para mantener a sus tres hijos y murió joven de cáncer. El poeta vivirá en la indigencia hasta su muerte. Publica su primer poemario a los 17 años siguiendo todavía las normas estéticas de la revista *Nyugat*. Deja la universidad de Szeged, a raíz de una discrepancia con un profesor de lingüística por causa de su poema, “Corazón puro”, considerado por los críticos como el manifiesto de la nueva poesía húngara posterior a la Primera Guerra Mundial. Cursó estudios en Viena y París, donde publicó en francés poemas de vanguardia. El freudismo dejó también huella en él. Tras su regreso a Hungría se afilia al partido comunista del que es expulsado en 1934. Publicó entonces sus libros, *Abate al capitalismo*, *No te quejes* y *Noche de arrabal*. Escribió poemas tan musicales que a veces representan la sencillez de una canción popular. Su poesía de amor es única y novedosa por los sentimientos de pureza himnica y por la determinación biológica y social llevando la convicción de lo profundamente vivido. “Yo te quiero mucho porque a tu lado encontré la forma de volver a quererme” dice en uno de sus poemas amorosos. También cultiva una lírica de raigambre filosófica. Su obra poética refleja intensamente la voz pura del espíritu y el humanismo. La peripecia de su vida, recorre la escala entera de la “miseria nacional”. Su neurosis se agrava por amores no correspondidos. Es auxiliado por sus hermanas en Balatonszárszo. Muere atropellado por un tren de mercancías en 1937, a la edad de 32 años.

Un poeta de raigambre popular es Gyula Illyés que continúa con la tradición y su interpretación a nivel europeo donde lo húngaro y lo universal se unen tan orgánicamente como en sus grandes predecesores. El objeto de su lírica no es tanto lo individual como la colectividad, de la cual es portavoz, así como se afana en reflejar la historia de la nación y su presente histórico, donde predomina la visión objetiva de sí mismo y la visión objetiva del mundo. En 1936 publicó una excelente biografía sobre Petöfi, quizás la más completa que se ha dedicado en su país a este gran poeta.

Se podría considerar a Miklós Radnóti como el mayor poeta antifascista de Hungría. La rebeldía en sus poemas se muestra tempranamente y va adquiriendo con el tiempo un mayor contenido social y político. Además de la poesía clásica en latín y griego, influyen en él la poesía francesa, que conoce perfectamente, especialmente a Apollinaire y a través de éste conoce el arte africano. Producto de su interés por lo africano fue su libro *Canto sobre el negro que se fue a la*

ciudad. Fue también un excelente traductor. Cabe mencionar su adaptación del *Quijote* para los jóvenes. En sus “églogas” y “tarjetas postales”, escritas en los campos de concentración, se enfrenta a la pureza de la forma artística y de la ética, y también a la palpable cercanía de la muerte.

La carrera literaria de Sándor Weöres comienza en la tercera generación de la revista *Nyugat*. Comenzó como niño prodigio. Con sólo 15 años escribió el poema *Los viejos*, consiguiendo que el famoso compositor Zoltán Kodály le hiciera una composición coral. Varias son las capas inseparables de su poesía: los estudios de la canción popular de bella musicalidad, las paráfrasis de los mitos de las civilizaciones antiguas y orientales y la corriente de la lírica moderna, próxima a la abstracción filosófica que se inicia en la obra de Mallarmé. Además es un excelente autor de literatura infantil. Weöres es uno de los grandes artífices de la lengua magiar, verdadero mago de la palabra, y acaso el mayor virtuoso dominador del tesoro formal de la poesía húngara.

En los años sesenta alcanza su auge la poesía de Lázlo Benjámín y Zoltán Zelk que retornan a una perspectiva literaria conformada por los ideales burgueses que, tras la Liberación, se agruparon en torno a la revista *Újhold (Luna Nueva)*, lírica de inspiración católica y conectada con las modernas corrientes europeas occidentales y especialmente con el existencialismo.

Terminaremos esta breve visión de la poesía húngara con tres poetas importantes del siglo XX: Lázló Nagy, Ferenc Juhász y Éva Tóth. Tanto Nagy como Juhász, poetas nacidos a mitad de la década de los años veinte, son los representantes del intelectual de origen campesino cuya trayectoria comienza después de la Liberación.. Nagy es un clásico del surrealismo popular enraizado en el folklore. Vive de cerca la transformación de la sociedad húngara y el desarrollo del socialismo y sus contradicciones. Sus poemas muy ricos en imágenes y colores, poseen gran musicalidad y ritmo, van desde la anunciación del idilio hasta lo trágico y recuerdan la visualidad y los contrastes metafóricos que tenía en su obra Federico García Lorca participando de una ensoñación mágica de la realidad.

Ferenc Juhász es un cantor de amplio espectro cuya voz necesita la grandeza de la epopeya para expresarse. Aspira como Dante a la formulación global de la cosmovisión moderna basada en las ciencias naturales, en la coherencia material del mundo, tras el infinito del cosmos y el átomo y desde su identidad sustancial. Centra su visión en la biología, en la experiencia histórica y en la visión de la idiosincrasia del hombre húngaro. Las grandes composiciones épicas que escribió al comienzo de su carrera, representan la reforma agraria y la transformación del campo. Estos magnos poemas continúan las epopeyas líricas de Arany, Petöfi e Illyés. Su epopeya sobre la sublevación campesina de Dózsa, *El país pródigo* y su poemario *El poder de las flores*, muestra ya una excrecencia vegetativa de la imagen poética. Para Juhász la poesía, en términos generales, es una visión que quiere nombrar la totalidad del mundo orgánico e inorgánico, cantar el mundo nuevo de una manera nueva. Actualmente a sus noventa años sigue escribiendo con redoblado esfuerzo. Es la voz más poderosa de lo poesía húngara de hoy.

Cierro este trabajo con la incorporación de una mujer, la destacada poeta Éva Tóth, perte-

neciente a la generación del sesenta y que comenzaría a publicar en el año 1959, apenas con veinte años. Su obra ha traspasado fronteras y ha sido traducida a veinte idiomas. Posee premios de importancia internacional como el *Salvatore Quasimodo* de 1966 y en su país el *Attila József*. Poesía de amplios registros que muestran temas y técnicas que van desde lo personal hasta lo indirectamente político, desde la investigación casi sagrada del mito a lo simplemente irónico. Ella representa la visión femenina de la existencia con un estilo fascinante y conversacional. Entre sus libros más importantes podemos contar: *El único sentido* (1977); *Límite de las nieves eternas* (1982); *El momento aplastado* (2000); y *Poemas conmemorativos* (1999) y con una edición ampliada en (2006). Probablemente su tema más importante sea el de la identidad, tanto en su vertiente personal como social, y su obra ofrece un elocuente testimonio para comprender lo que significa el ser humano desde la posición de la mujer en todas las épocas.

En los años 90, en tiempos de la democracia, surge una literatura muy rica con una nueva pléyade de jóvenes poetas y con dos noticias importantes para las letras húngaras. En 1999 Hungría es el país invitado a la Feria del Libro de Frankfurt y en el año 2002 por primera vez un escritor húngaro recibe el premio Nobel de Literatura, Imre Kertész, básicamente por su novela *Sin destino*, hechos que hacen conocer internacionalmente algunos nombres de los clásicos modernos y otros contemporáneos. En este ir y venir de las nuevas tendencias de la lírica magiar continúa el tema de la memoria de la época comunista, las luchas internas de los autores, la ruptura de la linealidad discursiva, la desintegración del yo, la lucha del significado, y el llamado “lenguaje suficiente” o “lengua carne”, un idioma que no respeta las reglas de la gramática, que participa en la creación de nuevas expresiones y de jergas variopintas. Esta arbitrariedad respecto al uso del lenguaje y al estilo desemboca en algunos casos en una poesía lúdica y posmoderna donde la gratuidad llega a ser la frontera de lo indecible. Igualmente, el escritor húngaro en general dispone hoy de un contacto mayor con el exterior y es más permeable a las influencias exteriores cuya lírica ha abolido las fronteras lingüísticas que lo atenazaban: el conocimiento y expansión de la poesía húngara se ha intensificado en las últimas décadas a través de la proliferación de los festivales de poesía, de la revolución de los medios tecnológicos que han facilitado la publicación y expansión de una rica y compleja literatura encerrada en sí misma durante tanto tiempo.

Justo Jorge Padrón

István Turczi o el dinamismo de la lírica húngara de hoy

Hoy traemos a nuestra revista la colaboración de una de las voces más vigorosas de la poesía húngara de las últimas promociones, al poeta István Turczi. Nacido en 1959, pertenece a esa generación que en España equivaldría a la de la década de los ochenta. Aparte de la poesía, su dedicación principal, cultiva con acierto el ensayo, la traducción y eventualmente la docencia en talleres de escritura creativa. Es redactor-fundador de la revista *Parnasszus* y vicepresidente del PEN Club húngaro, además de dirigir la sección poética de la Asociación de Escritores de su país. Es miembro de la Academia de Poesía Europea y un poeta muy viajero, que frecuentemente participa en los más conocidos festivales poéticos del circuito internacional. Ha publicado quince volúmenes de poesía y tres novelas.

La poesía de István Turczi es imaginativa, osada, austera, replegada en su propia intimidad, que exige del lector una concentración extremada al ser una lucha entre el rigor y la espontaneidad. Decía Octavio Paz que “la poesía moderna es una tentativa por abolir todas las significaciones porque ella misma se presiente como el significado último de la vida y el hombre. Por eso es, a un tiempo, destrucción y creación del lenguaje. Destrucción de las palabras y de los significados, reino del silencio; pero, igualmente, palabra en busca de la Palabra”. Los vocablos que utiliza Turczi en sus poemas son de naturaleza veloz, les implica la orientación del vértigo. Su mente va muy rápida, de ahí que las asociaciones e imágenes que emplea sean remotas entre sí, como si la mirada quisiera abarcar espacios distantes, unirlos y resaltar los contrastes con mayor vehemencia. Su mirada es particularmente sensible y su percepción inteligente y culta.

La estructura de su lenguaje es magmática. Posee una técnica impresionista a base de pinceladas e ideas que abruptamente, dentro de un tono conversacional, van ocupando la atmósfera de su contenido para llegar al final y sorprender al conjunto con un verso lapidario, que como una cascada a la inversa, esparza su luz desde el fin al principio, exigiendo una contemplación ascética a través de una sensibilidad reflexiva y lúcida.

La visión que nos ofrece su obra es actual y moderna, incluso a veces va más allá y se hace profética. Penetra en el mundo de la ciencia y la filosofía con una visión repentina, que rodea nuestra pupila y de pronto la oscurece y nos da un aforismo cortante y a veces conmovedor. Nos hace ver un mundo alucinado, en ocasiones agresivo y cruel, con esa plenitud que mues-

tra un ardor sombrío y maduro, poseedor de la conciencia del destino del poeta como un ser aparte que se afirma con la negación del mundo despreciable que le rodea.

Su estilo es directo y sincopado, conversacional, lejos de la elegancia fluyente y melodiosa. Él busca la emoción por el atajo más corto, acaso en la sorpresa llena de contundencia. Los finales de sus poemas son casi siempre abruptos, inesperados como en el fútbol un regate imprevisto fuera del área, que acaba con un chute fuerte y seco sorprendiendo al guardameta y haciendo entonar al graderío el grito jubiloso del gol. Su experiencia amorosa la ha vertido en dos libros inolvidables: *Mujer y poesía* y *Eroticón*. En esta temática quiero significar un poema muy hermoso, verdaderamente antologable, el titulado *Eléboro de invierno*, que abre esta antología, dedicado a su esposa, Anna. Cuenta en su amplia experiencia con amores aparecidos en las diferentes estaciones de su vida, queridos de diferente manera. Estos amores también han contribuido a que su personalidad pudiera cumplirse de una forma más frondosa y así enriquecer su poesía.

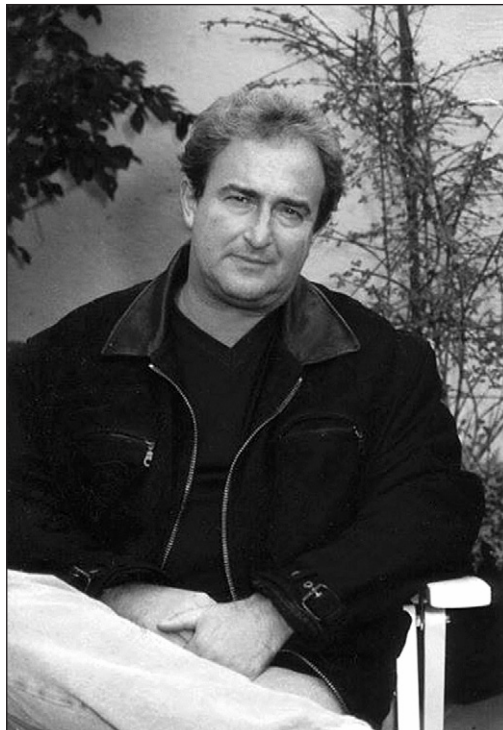
Nuestro poeta se remite a la historia para sacar una verdad objetiva y definitiva. Turczí es un humanista escéptico. En su obra no falta el héroe necesario para proporcionar la última explicación del mundo. Esta función la asume ocasionalmente el propio poeta, abriéndose camino a través de las teorías posmodernas que conducen al agnosticismo. Participa en el mundo, el espacio y el tiempo, y no sólo con las diferentes huellas malogradas de los mismos sino con simulacros considerados más perfectos que la realidad. Turczí convive y se relaciona con diferentes comunidades. Existe la patria, un fuerte imperativo categórico, que estimula la unión y la actividad; existe Europa como la tierra de nuestras raíces históricas; existe la comunidad formadora y educadora de los compañeros y amigos, sin los cuales su personalidad no se habría podido cumplir. Y además cuenta con poetas considerados referentes, como T.S. Eliot, Rilke, Celan o Borges, quizás los más importantes para él. También guarda y reconstruye en sí mismo la historia de sus antepasados húngaros y del mundo que los rodeaba, como aparece en su mitología privada, titulada *Deodatus*.

El tono de la lírica turcziana va desde la súbita ternura a la mayor ironía del sarcasmo. Su espectro poético ama los desafíos, es un espacio mágico hecho de oposiciones y correspondencias. En su poema habita el silencio, las pausas, los ecos, la palabra terminante, todo ello para encontrar la iluminación al final del recorrido versal. Las reglas de este juego son las mismas que rigen los intercambios de las imágenes dentro de las contradicciones del yo. Leyes posiblemente incoherentes, pero no menos rigurosas y necesarias. En cierto modo recuerda al espíritu del vino como exaltador de la vida y de la fraternidad humana, para alcanzar la comunicación necesaria de la emoción de la palabra. La poesía es asimismo comunicación de la verdad, revelación definitiva. Aventurándome en seguir el riesgo de una intuición, diría que en la poesía de István Turczí hay una dualidad muy española: ferocidad y lirismo, el mundo del sueño y de la sangre que reflejan dos artistas supremos de mi país: Quevedo y Goya.

En ellos existe la concentración de un estilo directo, alejado del barroco, que los lleva a una sobriedad exasperada, la imaginación violenta y libre al servicio de un silogismo cortante, como una espada hundiéndose en la testuz del silencio. Los poetas que con mayor abandono se confían al delirio son los más lúcidos. Por ello puedo afirmar, sin ambages, que la poesía de Turczi alcanza el mayor vuelo de la eficacia cuando se deja llevar por el frenesí de la emoción y en el abismo la frena, dándole la estocada definitiva.

Sus mejores poemas encierran una paradoja carnal, filosófica o científica. Una vez en posesión de la clave, el lenguaje se abre con su luminoso significado. Esta mirada, que percibe con nitidez los contrastes de los seres y las cosas, adopta una actitud crítica de la realidad y de los valores que la sustentan, para anunciar una sociedad posible que mejore a la actual y la desposea del miedo y de la incertidumbre dolorosa del futuro, otorgándole una inquietud solidaria. Sus poemas nos ayudan a reconocernos en un mundo fragmentado y amenazante que revela la naturaleza contradictoria y destructiva de la raza humana, pero sin renunciar a esa trémula lámpara de antracita que alumbra en la conciencia de cada ser humano: la esperanza que nos salve. La visión profunda que vierte István Turczi sobre los seres, la existencia y los años, da a su poesía un temblor de fervor y de consuelo y nos sirve, sobre todo, para amar la palabra y confiar en la vida.

Justo Jorge Padrón



István Turczi

Poemas de István Turczi

Eléboro de invierno

A ANNA

Siluetas de acanto tras un velo de estrellas.
Mis sentidos se hunden en ti, arropados
en el agotador silencio de la noche.
Observándote devoto y titubeante
desde el refugio de tu cuerpo, pienso en mi destino.
Me voy convirtiendo en lo que has hecho de mí,
en lo que he dejado que hicieras de mí.
Me has despojado de mi piel de reptil
y me permites penetrar entre desnudos cactus tropicales...

Me hiciste tu acompañante fiel, cada día más.
Receloso vigía
que vela en secreto tu sueño,
tú, h e m b r a hermosa, desprevenida,
colmena de amor durmiente,
arrollada en sábana de luna llena.
Observándote, veo algo animal en tu porte.
Algo ancestral, innegable.

La noche va diluyendo la atenta córnea
de tus ojos habituados a la lectura.
Tu cuerpo parece ya un dirigible vago y desvaído;
en tu frente lucen las arrugas de nuestros problemas cotidianos.
Un haz de luz en forma de hoja cae tímido sobre tu pecho opaco,
luego, confiado – lo envidio –, recorre
tus suaves sombras palmo a palmo.

Estás conmigo. El infinito instante sólo es momentáneo en ti.
Como en el Muro de las Lamentaciones ante nuestra oración de cada día,
tu rostro de medusa se pega a mi mejilla.
Pero tú no lo sabes: ante los ojos del mundo y los míos
la prueba viva es tu aliento
al pasar delicado por mi nariz.

Observándote, saliendo del refugio de tu cuerpo,
tienes algo del fervor de los que tiemblan ante la madrugada.
Al borde de tus labios ardientes apretados
yacen reducidos a recuerdos los días de ayuno
palabras cosidas a balas,
que, no volverán a elevarse,
pero no hay forma de escapar: rociados
en las órbitas de tus ojos, limpios como un espejo
me vuelvo a ver en posición fetal,
inerte.

Prendo una vela.

(Ya era hora, últimamente rara vez me muestro tierno y elegíaco. Me he deshabituado al silencio y el mundo me arrastra zozobrando.)

Siete llamaradas forman tu cabello, trenzado en siglos de sabiduría perseguida, de pronto reluce tu destino, y tus rasgos se encogen en luz nítida y envuelta en el placer. Como si temieras que de tu incipiente gesto escapara el deseo: ahora tu cuerpo, antes ávido como una planta de interior, se estremece... Sin embargo, tornas, tus labios tristes, en el resquicio de tus pestañas flota una plumilla de ave. Te acurrucas como un erizo, con el que se tropieza y ya no se tienen ganas de jugar.

Ahora mis sueños despiertos entrelazados en tus gestos revolotean junto a tu corazón, sólo su creciente latir muestra que también sabes que te quiero.

Las espinas de los limoneros me clavan tu nombre en el brazo, pero me duele más aún no poder estar contigo,
Annele.

Ya no te observo, me refreno, sólo quedan velando mis instintos, durante las ardientes noches pasadas juntos tus caminos intransitados han dibujado un mapa confiado reducido en mis entrañas.

El esmalte del alba se desconcha de tu rostro amanecido. En tus miradas resurgentes vuelvo a existir distinto. Otro gesto angelical se abre, un ademán, luego los instantes conocidos que excitan la carne, y en tus ojos renace alegre la luz de la vela infantil y amarilla:
 infantilmente amarilla,
 como el eléboro de invierno.

Metamorfosis

Tras la derrota, todos me dieron la espalda.

En mi desesperación, decidí amoldarme
a los nuevos tiempos y ser más flexible,
me disfracé de semáforo en una estación de provincias.
Luego me convertí en guardagujas, pero
me pidieron un título. Después fui liebre
de enormes ojos rojos, pero
los cazadores dieron conmigo.
No me quedan más trucos:
sólo la apariencia real: parecer victorioso,
para poder emboscar a tiempo
la conciencia de mi otro ser. La
mentira es una droga útil contra mamuts, osos,
gansos azules y loros. Puede administrarse
cuando quieras, y tiene efecto seguro,
sólo hay que elegir una dosis adecuada.
Este suero obliga incluso a la víbora
a quedarse postrada en la cama,
convierte al buitre en paloma mensajera
y la reserva, en una residencia de ancianos, bien situada.
Toma, dijo el resto de mi conciencia,
y pasó a ser una reja a prueba de golpes. Ahora
estoy rodeado de mamuts, osos cavernarios, gansos,
loros, víboras y buitres, y además se me ha acabado la droga.
Debo recurrir a un nuevo método: me dedicaré a guardar fieras.

La materia no desaparece, solo se defiende.

Videre

«Me sigues con la mirada, mas ignoras lo que ves.»
(F. Dürrenmatt: *El ciego*)

Él
en la hamaca de las tardes
murmura algo meciéndose somnoliento

apoderarse de la oscuridad
arremeter día a día contra los objetos
dejarse vencer sucumbir

Muebles impregnados de penumbra
siseo de visillos olor a cerrado
cercado de soledad de celuloide opaco

bajo la yema de sus dedos
como las mayúsculas en Braille
se detienen las brillantes estaciones

rollos indefensos de la niñez
infinitas veces rebobinados
parques con recuerdo a madre

navidad blanca sin padre
tarta de pistacho elefante de goma
recuerdos que surgen y se sumergen negros

OYE: e l m u n d o c a m b i a
tal vez no como antes
tal vez sin freno

En sus ojos hogueras
tardía sonrisa de Galileo
diminuta gota que humedece sus labios

silencio de arroyo
infinito gorgoteo interno:

si no queda nada
si no queda alguien a quien dirigirle la palabra
y llega el invierno perenne bajo cero

por mucho que cambie el mundo
postrado en el sillón sigue siendo
placentero conjugar un verbo latino

Amistad

Temo.
Desde que los árboles entraron en mi cuarto a calentarse
estrechamos nuestros lazos.
Me guiñaban desconfiados: ¿Qué
tipo de pajarraco podría ser yo?
¿Para qué tanta pierna, manos, por qué estos ojos
brillantes y cómo es que no es verde mi pelo?
Probaron mi cena y repugnados hicieron muecas,
hojearon mis libros y les di pena.
Vinieron a detenerse a los pies de mi cama
y la moto del cartero les espantó.
Por eso les gustaba Mozart. Cada tarde al regresar
a casa me recibía una alegre tonada de flauta.
Al despuntar los primeros brotes éramos amigos.
Hoy por la mañana llegó el talador,
y su saludo fue derribar
un fragmento querido de mi pasado.
Los árboles me abrazaron.

Las mujeres y la poesía

Las mujeres me adoran.

Lo repito, me adoran.

No me envidian.

Desde mi adolescencia, sólo ellas me interesan,
y algunas otras cosas también, claro.

Por eso son más prudentes, desde que supieron
que escribo esto y aquello de vez en cuando,
que no sólo hablo de ellas. Por ejemplo, poesías.
La opinión de las mujeres sobre la poesía es muy
/ diferente.

Al ritmo de los versos, es verdad, no se puede bailar,
no son comestibles, no están siempre a la moda,
no se consigue un coche con ellos, ni perfuman
tampoco. La poesía es como si cayera en tu cama
una luciérnaga: brilla hasta cuando
una pequeña luz solidaria fuera lo bienvenido.

Ideas de Ícaro a tener en cuenta

Hace ya tiempo que no trato de agitar las alas
sigo el consejo de mi padre
«es en la Tierra donde más cerca estás del Sol»
ahora reboso de felicidad
poseo casa, jardín y mujer,
un coche *alado* en el garaje
y ¿por qué no? de la cera
tallos lindas figuras
(que se venden a buen precio)
y si acaso las dejo olvidadas al sol
lo que resta me basta para velas
así vivo pues
lejos del mundanal ruido humilde
ya no se me ocurren locuras
no trato de agitar las alas
¿adónde iba a volar con tanto sobrepeso?
no estoy para piruetas heroicas
soy demasiado cómodo
y también tengo los huesos porosos

Czesław

Me figuro
que habrás cumplido los setenta
o los cien incluso los mil o más
lo mismo da: al fin y al cabo contemporáneos somos
debemos sobrevivir juntos nuestras manías
HABLA POR FIN, vence tu obstinado silencio,
el loco de Varsovia – así te llaman, aunque supieran
que todo se mueve al oír tu llamada
los árboles se enredan entre tus dedos
los montes avanzan al sentir tu tacto
penden estrellas del ala de tu sombrero
tu rostro: un silencio gris apagado en un puñado de ceniza
cuántos poemas por escribir se intuyen en tus ojos
cuánta tristeza objetiva
Homero pensaría así
de camino a Naxos
en la entrada de una destartada tasca del puerto

Fuego en Jerusalén

La sombra de los árboles de Jerusalén cae vertical
descansan peregrinos al cambiar de muda la serpiente
la esperanza calienta las manos heladas
una aguda luz desconcha los ojos
la tormenta del desierto tizna las piedras
y se palpa en el aire la fragancia
los despojos del campo como granos de arena ateridos
crujen en el viento que no cesa
desde aquí el pánico es inextricable
el Mar Muerto es estérilmente amarillo
como las estrellas remanentes en el cielo matutino
en Haifa el horizonte se rompe
y arropado en el mar
sigue acumulándose más allá de las aventuras
a simple vista
un día respecto a la noche
una nadería invisible
el sonido del tambor es en las tierras un tubo árido
y en el lugar de la arboleda se para un vagabundo
barbudo cautivado por la muerte a sus espaldas
a tiro de piedra la sumisión del fuego
cada brizna de hierba quemada
una puñalada más en el corazón de Dios.

Navidad en Jerusalén

He llegado pues: en la palma de la mano la ciudad de siete montes.
En la pendiente norte del monte Herzl, el cementerio militar envuelto en el
sudario de la niebla.
El único minarete del barrio judío se hunde en una penumbra festiva.
Viento que reparte clemencia, arrastra hacia mí aroma de naranjas y especias.
Allá donde mire, fluyen oleadas de gente, multitud de peregrinos.
Pequeñas luces por doquier, amarillas como la luna clavada en el abrigo.
Guardias armados vigilan la Puerta de los Leones, envueltos en humo de cigarrillo.
Árabes regateando, vendedores de reliquias, enfrente
«un banquete mudo de mendigos». Judíos de labios apretados, en caftán negro,
manto de plegaria, sombreros o gorros de piel sobre la testa.
Preparan la celebración del sabbat. También ellos están de fiesta –
masculan letras de rocas y lágrimas, encerradas en su diáspora:
hacen realidad el pasado.
De un callejón surge de pronto un canto, son las tres,
se inicia la procesión de los hermanos franciscanos. Las casas casi se inclinan
en forma de arco, la multitud serpentea tras el humo del incienso
(un corazón de jeroglíficos sin descifrar, angustiado), curas, popes,
guardias musulmanes de abrigo verde, monjas blancas como la nieve
desfilan anónimos siguiendo la Pasión. La Vía Dolorosa,
una única convulsión. En las ventanas Barrabás disfruta
de la clemencia, Verónica agita su paño,
una mujer llora a su hijo, hombres arrodillados asedian
la entrada de la capilla y, al final, los dieciocho escalones escarpados,
de donde no hay camino de vuelta. La historia de la salvación ante mí.
«Danos la paz, danos tu paz, **danos paz**, Señor.»
La lluvia reza monótona en la plaza frente a la Iglesia, pero no se abre
ningún paraguas. Alzo la mirada, necesito hacer el gesto.
El cielo mismo parece el dosel del recuerdo.

Se solapa la sombra de Rubén y Alfonso

La mano creadora ¿dónde está?
preguntas al llegar al término de nuestro largo camino
en la frescura del templo de ojos entornados.
Como dos músicos callejeros, privados de su instrumento,
nos sentamos cabizbajos sobre las losas de la nave lateral.
No esperes mi entusiasmo.
Nunca has de saber dónde y cuándo
empezarán tus palabras a hacer efecto.
Tu mente se hace tensa, traquetea
hasta estallar como una bomba de relojería.
Ellas, familiarizadas con la muerte, son más sabias que nosotros.
Al cerrar los ojos, las veo
tendidas una junto a la otra,
absorbiendo, como las hierbas, la luz subterránea.
Toda fe y desesperanza
se cimenta en lo inalterable.
Cae la tarde, y volverá a caer mañana.
El poema sigue su camino impasible
por el papel de los Campos Elíseos,
y entretanto la sombra de Rubén y Alfonso se solapa.
«Escribe como otros rezan.»
«Vive como otros mueren.»
«Muere con majestad, como el sol que se pone.»
Nunca sabes dónde y cuándo
tus palabras empezarán a hacer efecto.
En vano nos echan en cara nuestros hijos adultos,
nuestras hijas de ojos de lava, que somos egoístas.
Verteremos lágrimas, porque los echaremos de menos,
verteremos lágrimas, porque sabemos que ellos también a nosotros.
Luego bajamos la cabeza, descansamos
en el frescor de la catedral de León,
y agarramos un puñado de esperanza
en el lento y harinoso resplandor que se cuele
por los resquicios de las sombras subrepticias.

Sala diecisiete

Reina la calma, una paz estéril, sin sujeto,
olor a velatorio.
Los minutos caen como azotes. Todo
blanco, como un sueño. El invierno
deambula por la acera, desde fuera sólo
se oyen las reprimendas del viento.
Todas en pijama, inmóviles,
pero listas para partir, como si
hubieran urdido un motín de reclusas.

Poco a poco se diluye hasta el silencio,
los alientos se encogen.
Una enciende una vela y tararea una canción.
Pasan una caja de dulces de navidad,
aparece una naranja, luego dos plátanos pochos.
Brindan los ojos.
Feliz Navidad. Se unen las fuertes
en la debilidad y triunfan sobre
las lágrimas destinadas a la almohada.

Viaje

Vaya qué fastidioso es viajar conmigo
soy incapaz incluso de bajar la ventanilla del vagón
en la noche pasan paisajes desconocidos
las colinas ondean los árboles susurran al viento
quisiera al menos saborear el aire palparlo
me conformo con poco
del lirismo del momento –ya ves– me arranco
el miedo a perder algo por mi propia culpa
una sensación una fragancia impresiones concretas
todo y mientras torpe me debato
a ti te arrastran sueños nuevos
(acaso ves lo que no ven mis abiertos ojos)
en tus viajes particulares por el mundo
te acompañan antiguos deseos gestos rostros
sumergidos en tus recuerdos
tengo la esperanza de poder refugiarme
en el hueco de tu sonrisa que amanece pues algo tengo que ver
con tus sueños fervorosos desde que despertamos en el mismo lecho
por qué iba a ser más el amor
que dos sienes palpitantes en contacto
una amarga serie de leyendas corporales aún sin escribir
el paisaje corre corre cerca
a lo lejos tras nosotros ya ha salido el sol
junto al filo de tu rostro hundido en lo remoto y envuelto
en el azul de tu mirada aparece por fin el resplandor del mar

Cada noche con una vela más...

Cada noche con una vela más,
durante ocho días brilla
en los ojos la antigua luz.
„Bendito eres, Dios Eterno,
rey del universo, que nos santificas
con tus leyes.“ Ordenadamente, probamos al fin
respirar, hablar, alegrarnos un poco
de las palabras que calentamos en la penumbra,
y creer, creer en la realidad de los cuentos,
y que el mundo pueda una vez más anunciarse.

Un día olvidamos cómo es...

Un día olvidamos cómo es la desolación
el corazón-santuario destruido, la conciencia vaporosa
y en los mapas del mundo la fusión nuclear.
Un día olvidamos recordar,
nos sentamos al aire,
en las cúpulas de cristal de la eternidad,
arriba unos, otros debajo, según
el sitio que les ha de asignar la providencia.
En tanto, allende el clamor de los objetos, de las ideas,
persiste la suave estrechez de una vida soportable,
si ya no queda más que el consuelo.

La historia, un oscuro cuerpo flotante

Un oscuro cuerpo flotante
se acerca y se aleja sin parar.
Por la cubierta corren
noticias del mundo.
Ir de babor a estribor
siempre es un riesgo.
Hay baches, bloqueos,
casi imposible
mantenerse siempre a flote,
y por falta de caudal
prohibido está el cruce de gabarras.
Pero tiene gracia
ir hacia el futuro, pegado a la pared,
si te vuelves, serás una estatua de sal
en los libros de texto
y entre los apocados,
altisonantes y atrevidos

acudirán a tu pedestal a rendirte homenaje.
La gente se detendrá a leer tu lema:
«El que domina el pasado, domina
el futuro,
el que domina el presente, domina
el pasado»,
lo leerá y no entenderá nada.

Civiliter mortuus

noviembre
hojas de árboles a la deriva
la luz tambalea entre árboles tramposos
sombras se enroscan en bancos de antigua piedra
el aliento se cubre de celofán

un hombre
dormido o borracho se aniquila
como una estatua de ceniza
en su mano con gesto cortado aprieta la niebla
en su pecho el viento hojea un periódico

el hombre
ya no se mueve
el ataque al corazón lo sorprendió leyendo
miradas de lado indecisas caras perplejas
piedad o curiosidad hueca

por aquí pasó
X.X. – alguien lo conocía?
lo identificaría? la gente se apresura
¿quién tiene tiempo? la noche cae temprano
las sombras se enroscan en bancos de piedra vieja

aparentemente nada cambió

Ni polvo, ni ceniza

¿Dónde está la tabla
que proclama a voces las leyes que
rigen tu vida? ¿Qué te indica el sendero
y te orienta en el laberinto de tus instintos?

Si la hubiera,
contradiría tu

naturaleza.

Ni el polvo,
ni los ángeles lascivos
podrán llevarte al envés de tu voluntad.
Mucho menos los pasos gigantes de tu confusión.
Mucho menos el abismo del cielo.

Eres tuyo,
solo para siempre.
No hay ley que te aparte
de tus palpitaciones fijas.
Ni ceniza, ni ángeles lascivos.

Lo dices hoy,
así, es definitivo.

En tus ojos se agolpan tercos sueños.
Tu obstinación yace entre hilos de cristal.
Sigues siendo un bloque terco, que mora en el silencio,
implacable en la luz roja del sol poniente,
un amigo de vidrio cegador,
no estás solo.

Te siguen,
alternándose con la marea,

tus difuntos sensibles a la luz.

Bosquejo de octubre

Soñé que
el año tenía
sólo once meses.
Sin octubre,
sin meses de octubre,
y que yo
no había nacido,
que sólo era
un deseo, un gozo,
aire comprimido entre
manos bañadas de sudor,
aliento contenido,
chirrido de una cama de hierro,
destello del pecado en los ojos.
Que era pasión sin sustancia,
espacio concreto
en un instante concreto,
y que hasta entonces
mi vida no era más
que el vuelo de un ave
ante una ventana
olvidada abierta
en el tercero —

Del diario de Lawrence O.

27 de febrero de 1965.
Por los pasillos del Estudio Maison Rouge,
la geometría de la expectación. Dos personas
llegan corriendo, al parecer seremos muchos.
Sin embargo, alguien falta. De nuevo, no estará
bien así. Carraspeo pausadamente, que crean
que llevo la piedra filosofal en el bolsillo.
Nada de intimidades, el aire pesa como plomo.
Especialmente después de las diez de la noche. Luz
oliendo a sudor, inquietud, por fin chirría la
puerta. Estoy listo, con la impaciencia en los
dedos de los pies. Me asomo: en la sala, doce
sillas colocadas a una distancia casi imperceptible.
Sobre el mantel, mis doce vidas – Y UNA MUERTE.
Maestro, haga el favor... ¡Acción! Casi me tiran al
suelo, pero luego todo va bien, y se inicia la segunda
entrada a la última cena.

¿Por qué?

¿Por qué
El Señor
me abordó
en ese olor salvaje
a leche de mendigo
en la fiesta de los tabernáculos
si hasta ahora
mudo soporté
mi humillación
en que mi vida entera
a través de seis mil años
fuera
un puro
sueño
de desecho
a patadas?

David

Lo escribo: ese invierno te traje a mí,
el Diciembre de mil novecientos ochenta y siete,
como la planta de un templo, qué gris fue, frío
choque de alas en las alturas: crónica del corazón.

Luego llegaron los largos versos del silencio,
por siete meses y medio no tenías voz,
fuiste príncipe de hierro, calzado, que en su garganta
practica las condenas de la existencia.

La muerte no existe, sólo nosotros,
tu madre, tu padre, que no por azar soy yo.
"¿Por dónde anduvimos hasta ahora y qué hicimos
en otro lugar que fuese mejor sin ti?"

En tiempos ya pasados, éstos y aquellos,
disfrazados de sábado en la emoción,
regalo de la luna en la luz nocturna,
hojearnos las ilustraciones de los bosques y las ciudades,

frente al rojo-amarillo-verde de la lámpara de los sueños
(necesité tres años para poder escribir
estas líneas, qué burdo resulta
conmoverse a pesar de todo).

A una mirada del infinito travieso,
entendimos
que una risotada puede ser fragmento de un himno.
Hijo. Pequeño mío.

Sombra

Una sombra se acuesta en mi cama
demonios quién es y quién la envió
yace inmóvil desnuda
ahora como si me mirara inclina la cabeza
en todo caso es una sombra educada
recoge de mi colcha uno a uno
los pelos descoloridos de mujeres pasadas
endereza mi almohada y luego
con un gesto familiar me hace un lugar
chorros de sudor caen por mí
maldita sea ahora sueño despierto
la botaría qué tontería es ésta
de dónde tendrían cuerpo las sombras
razón gestos femeninos
cuando de los hilos grises de la oscuridad
se despliega la sombra perfecta de EVA
como si no la hubiera atropellado
un camión amarillo con placa turca
como si estuviera viva y respirara alegremente
invitándome con su brazo delgado dirigido hacia mí.

Sólo la puerta del baño
con un golpe frío apaga
su inolvidable voz.

E.T.

Ves la tierra, mi pequeño,
una jaula y alrededor de ella revolotean los curiosos
años, luces, lluvia de metales, en lo alto dioses-escafandra
en tu cabeza despeinada trazan arcos, sueños inocentes.
Se mecen naves espaciales
y una sigue a la otra en audaces maniobras,
mientras las pelusas del fervor acarician tu rostro pícaro.
¿Quién quitará el polvo de tus anhelos?
Desde la abertura de tu ojo, duendes legañosos saludan,
mira: tus nuevos amigos telecomandados te saludan.
Por alguna señal secreta vacían el parque.
En los torbellinos de tu imaginación cobran vida
cuentos del siglo por venir: sabio morse-andersen.
La sonrisa radioactiva de mamá Holle te será familiar,
Vuk al mando y ciento un perritos inflables
mientras te preparas para un viaje interplanetario conmigo.
El universo se acurruca en la palma de tu mano,
pues la tierra es una jaula, ves mi pequeño,
y alrededor de ella revolotean los curiosos
ultrasonidos, planetas, espacios electrónicos:

no hay mecánica más sencilla que la fantasía.

El extraterrestre

Miré en el espejo.
Desde que estoy en la tierra envejecí milenios
Hace tiempo que no brota la lava; mis rasgos se
/ consolidan en magma
En las comisuras de mis labios el granito,
/ la diorita, se agrietan.
Se alejaron de mis ojos los dinosaurios, y los
/ continentes
tampoco se acercan. En mis ojos tanto la caliza como
/ la dolomita se extinguieron.
Es ya el fin. En mi cara, despacio, surgen manchas,
/ casi mares,
islas: corales, conchas, caracolas, cangrejos
en sus moradas. En mi frente, cordilleras
/ de surcos.
Desde que estoy en la tierra, perdí algo de energía,
mi capacidad de conducción tampoco es la misma, y
últimamente
se presentó alguna anomalía magnética. ¿Es ya el fin?
En mis células ha comenzado la desintegración
/ radioactiva; el proceso
parece que no da marcha atrás. En el lenguaje mecánico:
irreversible. Es ... ya ... el fin. Me estoy mirando de frente
y el Tiempo es quizás la última sonrisa tectónica.
Solo, sin haber logrado nada, con una compostura
/ ancestral
me pongo frente al espejo de lo creado, y aguardo las
/ instrucciones del viaje,
si las hubiera,

Señor.

Mar de amonitas

Fue espectacular.
Arrecifes de coral bordeaban la costa.
Por la quieta superficie del agua translucía la sal.
Enormes conchas, esponjas de dura cáscara
construían calcáreas capas gruesas
para dar amparo a seres que sobre el agua flotaban.
Con el tiempo los delicados pólipos colonizaron
los mares. Depredadores mansos
vivían en la luz líquida y convivían
con sabio instinto marino, felices en la ignorancia.
De noche tornaban a sus moradas en forma de caracol
y se ocupaban de la descendencia
mientras en su coraza el infinito océano los envolvía.

Sucedió en la oscura edad media de la historia de la Tierra,
doscientos millones de años antes de la última guerra.

*(Traducción del húngaro al español de
Mária Szijj y José Miguel González Trevejo)*



István Turezi en Macchu-Picchu.



István Turezi en su infancia.

Turczi István

legszebb versei

AB-ART

498 Ft / 1,66 Eur

www.ujkonyvplac.hu

XXIII. évf., 2013. június

ÚJKP

Új Könyvplac · Az olvasók és a könyvszakma lapja



nka
Nemzeti Kulturális Alap

m
MÁRZSÓ

Ha képes hő maradni önmagához
Interjú Turczi Istvánnal lapunk 18. oldalán